

LOS
MINÚSCULOS
LATIDOS

RICARDO LEZÓN FERNÁNDEZ-HONTORIA





LOS
MINÚSCULOS
LATIDOS

RICARDO LEZÓN FERNÁNDEZ-HONTORIA

à

BANDAÀPARTE
POESIA

Primera edición: Febrero 2017

© Ricardo Lezón Fernández-Hontoria
© Diseño de cubierta: Pedro Peinado
© Diseño de colección: Pedro Peinado
www.pedropeinado.com

Edición de Antonio de Egipto y Marga Suárez

Bandaàparte Editores
www.bandaaparteeditores.com

ISBN 978-84-946129-3-0
Depósito Legal CO-136-2017

Este libro está bajo Licencia Creative Commons



Reconocimiento - NoComercial - SinObraDerivada (by-nc-nd):
No se permite un uso comercial de la obra original
ni la generación de obras derivadas.

+info: www.es.creativecommons.org

Impresión: Gráficas La Paz. www.graficaslapaz.com

El papel empleado para la impresión de este libro proviene
de bosques gestionados de manera sostenible, desde el punto
de vista medioambiental, económico y social.

Impreso en España

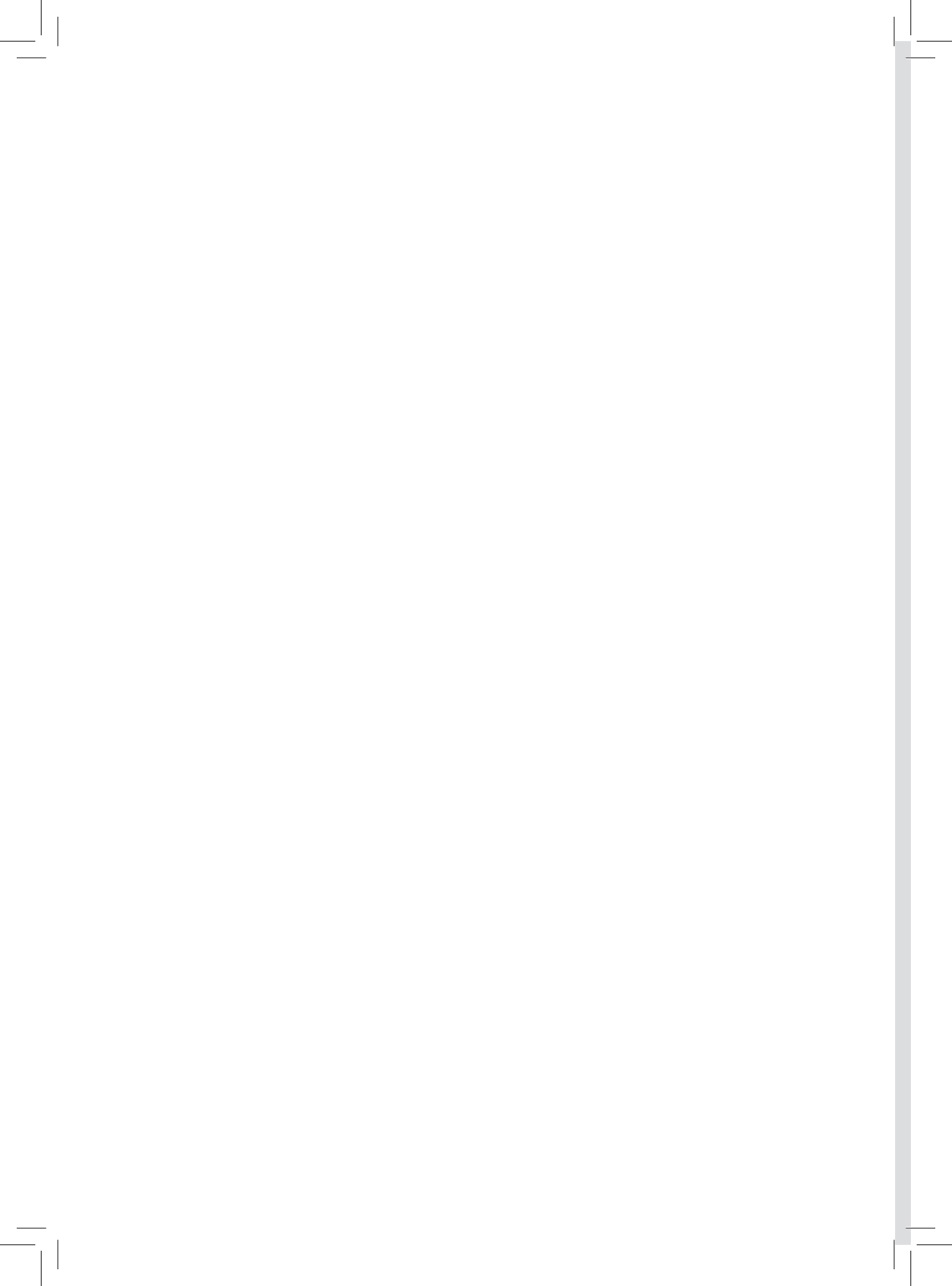
*Por muy desengañados que estemos, es imposible vivir sin alguna esperanza.
Siempre conservamos una, a pesar nuestro, y esa esperanza inconsciente
compensa todas las demás, explícitas, que hemos rechazado o agotado.*

EMIL CIORAN

A mis padres y a mis hijos.

A Ricardo Oleaga por su ayuda, apoyo y amistad.

A Bandaàparte por confiar en mí.



I.

Me despierto. Dejé la ventana abierta toda la noche para que pudiese escapar el humo del tabaco. El verano queda lejos y el frío se ha metido en la habitación. Me duele el estómago. ¿Que sería yo sin mi dolor de estómago? Cuando no me duele, me preocupo. Hago café y como un plátano. La mirada trepa como una araña por las paredes. Otra vez tengo ganas de pasarme el día en la cama, de pasarme la vida en la cama. Enciendo el ordenador y pongo música. Recojo un poco el salón. Se inicia el bucle orden/desorden. Mientras fumo en la cocina pienso en aquel día que subimos por la nieve hasta aquella laguna. No recuerdo de qué hablamos pero puedo escuchar tu risa entre los pinos cuando me veías resbalar. Tú ya no estás. Solo ha quedado la nieve. Un glaciar palpitante. Intento traducir lo que cuenta Sam Amidon mientras friego la cena de ayer. Me seco las manos con una camisa que espera junto a más ropa para ser llevada a la lavandería. Por un segundo, me veo caminando hasta allí y comprendo que es una imagen que nunca se hará real. Cuando se me acabe la ropa que ponerme, llenaré una bañera de agua caliente y frotaré arrodillado. Ya lo he hecho otras veces, en silencio y triste. Me ducho. Dejo que el chorro de agua caliente choque contra mi cuello mientras veo correr el agua hacia el mar. Hace tiempo que

mi toalla amarilla dejó de secar, fue justo antes de que eso dejara de importarme. La robé de un hotel de Matalascañas, en un viaje del que solo recuerdo cosas felices. Comienza a llover fuerte. Mientras me pongo los calcetines escucho millones de gotas ametrallar el cristal. Me gustan los ruidos que trae la lluvia, es como si rellenasen la parte del silencio que me hace sentir solo. Los días de lluvia son algodón.

...

EL METRO

Me gusta ver nuestro reflejo en los cristales de las puertas del vagón del metro. Cogidos de una mano y con las otras metidas en los bolsillos de nuestras chamarras, lo miramos a la vez y él nos devuelve nuestras miradas. Mirándonos. Me gusta pensar que cuando nos bajamos esa imagen se queda allí, dando vueltas por los túneles oscuros, y que cuando, al cabo de dos, seis o mil novecientos días, nos volvamos a subir seguirá allí, intacta, nítida y gigante.

Una tarde de verano incendiada, tú y yo abrazados en la pequeña cama de un viejo hostel de Madrid. La ventana abierta, un minúsculo ventilador moviéndose a la velocidad de la tierra. No hay ruidos en la calle. Duermes. Sudo. Te agarro la mano, como si un volcán nos fuese a tragar.

Las olas caen como edificios demolidos, tú las esperas con los pies en el agua y los brazos en cruz. Te miro desde la toalla. Un halcón vuela dentro de mi cabeza y se lanza a por cualquier pensamiento negro. Se lo lleva entre sus garras. Barcos en llamas cruzan el horizonte. Puedo saborear la sal de tus labios mientras te veo nadar. Te quiero.

INSTANTES

Una gota de lluvia sobre un ojo mojado,
el tacto del agua sobre un párpado
crea la ilusión en un instante
que desaparece
como todos los instantes
que se olvidan.

Queda la ilusión creada,
la duda de un huerto
que se tiende a la sombra de una montaña,
la sombra nerviosa
de la mano que retira las migas
de una enorme mesa
sobre la que reposan
infinitos campos de flores
y la inventada
proximidad de tu lengua
barriendo mi boca
como un huracán de vida,
queda la certeza de que no es un sueño
el ruido de tus pies descalzos
caminando sobre el mármol
de mi corazón agotado.

Un solo segundo de brisa sobre un hombre acostado,
el roce de un aliento sobre una espalda desnuda
crea la ilusión
con un estallido que desaparece
como todos los estallidos,
dejando solo el humo
que ahora tú atravíasas.

BORIS

Un ciervo atraviesa elegantemente la carretera sembrada de señales que advierten de la posibilidad de que uno o varios ciervos la crucen de modo imprevisto. Son animales grandes y pesados, un impacto a mucha velocidad conlleva la pérdida de control del vehículo, con el consiguiente riesgo para el conductor y, en la mayoría de los casos, supone la muerte en el acto del animal. No se trata de un suceso extraño en una zona tan despoblada y boscosa. Los ciervos son tan despistados como lo son, en su inmensa mayoría, los conductores.

Boris conduce despacio, silba una melodía inventada, el paisaje parece ir surgiendo de golpe. La sensación que lo invade es la de estar nadando entre árboles. Los mirlos que, agitados, atraviesan el aire llevan sus pensamientos en los picos. Vuelan lejos. Las ocho y media de la tarde, el sol se hunde sin prisa en un prado. Una recta larga y vacía. Ni rastro de otros coches desde hace media hora, únicamente se ha topado con dos pueblos desiertos que ha ido dejando atrás muy despacio. En uno de ellos, un columpio oxidado y quieto como el esqueleto de una ballena hace de atalaya para que un estornino que imagina cansado otee el horizonte.

Estrella mira por la ventanilla: Montreal desde el aire es un espectáculo tan impactante como desde dentro. Las manos cruzadas sobre las rodillas sujetan el cuaderno en el que ha dibujado buena parte de las diez horas de vuelo. Está en uno de esos momentos en que la paz se expande por su interior como una marea. No piensa en nada, es como si todas las conexiones de su

cuerpo hubiesen quedado suspendidas, como la paz de los primeros segundos tras un apagón. Sonríe levemente mientras en el ala del avión se eleva un pequeño trozo de metal valiente dispuesto a frenar todo el aire del mundo. Siente el ruido del tren de aterrizaje desplegándose bajo sus pies. Por un segundo piensa en que solo una capa de hierro le separa de una caída inmensa. Igual que la decisión de aceptar aquel trabajo en el Hotel Le Pastis de Montreal le podía salvar de una caída aún más inmensa. Aquella decisión no tenía la fortaleza ni las costuras del hierro que la separa ahora del suelo, pero ya no había vuelta atrás. El avión rebotó contra el suelo, todas las conexiones se restablecieron y, como una explosión muda, surgió el miedo atroz a estar sola.

Boris aparca lentamente en un camino de tierra roja que se separa del asfalto como lo hace el afluyente de un río. Baja del coche dejando la puerta abierta y estira los brazos mientras recorre con la mirada la laguna verde de los campos de cebada en mayo. Mira el azul del cielo. Hacía tiempo que no veía un azul tan real, piensa. Las nubes de un blanco espeso pasean tranquilas sus formas perfectas. Todo encaja, como en la ilustración de la caja de un puzzle. Ve amapolas desperdigadas y manojos de flores amarillas que jamás había visto, margaritas grandes como molinos y una vieja encina orgullosa. Boris se sienta apoyado en ella y cierra los ojos. El silencio es de acero.

Estrella atraviesa despacio el *hall* del aeropuerto. Remolca una maleta y sujeta un gran bolso verde. La sensación inicial de que todo el mundo la mira se balancea como un péndulo en cámara lenta. Un péndulo que se detiene en la sensación de que nadie le ve. Una

hilera interminable de taxis amarillos se extiende frente a la puerta principal. Piensa en subirse encima de ellos y bailar. Como cuando era feliz. Suena Cohen camino del hotel. Desde el asiento de atrás, la cabeza del taxista parece una calabaza. Por la ventanilla ve pasar edificios y mucha gente. Recuerda cuando nadaba en la piscina y quería que no llegase nunca la pared. Deseaba tanto que la piscina desembocara en el océano Índico y nadar durante años entre cachalotes que le hablaran muy despacio... Bajó del taxi y se quedó de pie en la acera mirando las elegantes letras que componían el nombre del hotel. Junto a ella, un almendro soñaba con un valle.

Boris despierta y el sol ya no está, pero tampoco la oscuridad. Hace frío. Un corzo joven le mira, curioso. Su mirada le recuerda a la de su hermana pequeña Martina. El corzo se aleja dando brincos lentos, como una chalupa entre las olas. Coge el mapa de la guantera y se sitúa. Martina ha marcado con un rotulador azul marino la ruta que debe seguir. Aún quedan doscientos cincuenta kilómetros hasta su destino. Está cansado y decide buscar cama en el siguiente pueblo. Cuando tenía ocho años, Boris encontró una linterna en el garaje de la casa de sus abuelos. Junto al garaje, en el piso de abajo, estaba la cocina. Arriba, viendo la tele, los más pequeños, y fumando puros y aburridos, los mayores. Se quedó sentado sobre la encimera con la luz apagada disparando su rayo de luz contra los tarros de arroz, de canela, de café. Disparaba su rayo de luz. Su rayo de luz. ¿Dónde está ahora, que tanto lo necesita? Detrás de una curva, como pequeñas bengalas en el fondo de un tonel, aparecen las luces de un pueblo.

Estrella se sintió cómoda hablando en inglés, no se encasquilló con ninguna frase y le dio la sensación de que Murray, su interlocutor, le entendía sin mayores problemas. Murray era ahora su jefe. Antes de ser director de hotel había trabajado segando campos en Saskatchewan, se lo contó mientras bebían agua con gas en el acogedor bar del hotel. Estrella lo imaginó secándose la frente, apoyado en su segadora mientras pensaba en ser director de hotel algún día. Tenía una cara agradable, dominada por enormes ojos azules y sus manos eran grandes y cuidadas. Supo enseguida que algún día Murray le pediría, seguramente con torpeza, una cita. Caminaron juntos por el pasillo enmoquetado hasta la que sería su habitación. Nada más entrar, Murray abrió la ventana y se quedó unos segundos mirando por ella el lento balanceo de los árboles. Estrella supo entonces que diría que le respondería que sí.

Boris conduce, la mañana es toda luz y color. Los árboles forman un pasillo, las flores se detienen en el borde justo del asfalto, las montañas aún duermen, el aire cálido y puro entra por la ventanilla como el aliento de una mujer enamorada. Un hombre camina por un sendero de tierra sosteniendo un paraguas. Boris le saluda con la mano al tiempo que hace sonar la bocina. El hombre devuelve el saludo y sigue caminando. Después de una curva aparece un pantano y tras él, en un alto, un pueblo rojo como la tierra le hace de corona. Boris detiene el coche, sale de él y baja andando hasta la orilla. Algunos árboles sumergidos muestran sus copas. Boris se desnuda despacio y después camina lentamente hacia uno de ellos. El agua está fría pero avanza por ella sin dudar. Por encima de su cabeza, muy por encima,

partiendo el azul del cielo en dos partes exactas con su estela blanca, navega un avión rumbo a Montreal. Poco a poco Boris va hundiéndose hasta desaparecer, como un enorme cachalote.

La cita con Murray resultó un desastre y, justo desde entonces, el trabajo en el hotel también lo fue. La ciudad perdió de pronto su encanto, las piernas y el alma se cansaron a la vez y ya no volvió a salir una sonrisa sin esfuerzo. Estrella lloró silenciosamente, sentada sobre la moqueta granate escondida detrás de un carro de limpieza mientras la música congelada del hilo musical inundaba los pasillos del hotel. Murray y su esposa hacían la compra en un hipermercado no lejos de allí. Al terminar su jornada, Estrella se quedó en el coche un rato antes de arrancar. ¿Volver a casa suponía una derrota o la derrota ya se había producido? ¿Importaba algo todo eso? Condujo a través de la noche oscura.

El limpiaparabrisas apartaba los copos de nieve como la mano de una madre retira las migas de una mesa. Sin destino, solo necesitaba sentir la sensación de alejarse. Salió de la ciudad, pudo ver morir las luces como velas apagadas por el retrovisor. Al borde de la carretera, una señal parpadea avisando de que uno o varios ciervos la puedan atravesar en cualquier momento. Desacelera y conduce con más atención. Un poco más adelante aparece un lago congelado. Estrella detiene el coche y se queda mirándolo. El reflejo de la luna en el hielo lo vuelve del azul más real que jamás ha visto. Entre el silbido del viento escucha el hielo crujir, y lentamente Boris comienza a emerger. Después camina hacia ella, se detiene frente a sus ojos inmensos y con voz suave le dice: dame la mano.